

MILAGROSA SALVACION DEL GENERAL DIAZ FRENTE A TAMPICO

NOTA DE G. V. R.—Como una nota de positiva importancia, y que viene a ser un complemento casi indispensable para realzar la personalidad del General Díaz en uno de los períodos más azarosos de su vida, incluyo la descripción del modo casi novelesco de cómo se evadió del vapor "City of Havana", episodio de la más grande trascendencia, no sólo para el General Díaz, sino para México, ya que puede considerarse tal evasión como el punto de partida definitivo, que lo llevó a la primera magistratura del país, y que ocupó más de treinta años.

El documento manuscrito que inserto, debido a la pluma de don Manuel Gutiérrez Zamora, fué entregado a mi padre por el señor General Díaz personalmente, debido a que por una casa editorial iba a escribir mi dicho señor padre un tomo complementario de "México a Través de los Siglos" en que se abrazaba el período del triunfo de la República hasta el año de 1884 y que por diversas circunstancias no llegó a publicarse, y sabedor el General Díaz de la publicación proyectada de la obra de referencia, entregó el citado manuscrito a mi padre con el objeto de que se

incluyese en aquéllas, estimándolo enteramente fiel a lo que aconteció en el mencionado vapor, y de grandísima importancia para él.

En el mes de junio de 1876 hacía yo el viaje como Agente de Correos a bordo del vapor americano "City of Havana" del "Alexander's Line" entre los puertos de "New Orleans y Veracruz", con escala en los de Tampico y Tuxpan. Pocos pasajeros se embarcaron en New Orleans y esto no era de extrañar en vista de lo muy avanzada que estaba la estación. En la noche anterior a nuestra salida, se presentaron a bordo dos individuos que traían sus correspondientes boletos de pasaje, hasta el puerto de Tuxpan. El uno era joven, de nacionalidad americana y se llamaba Dr. Jonnes; el otro se nombraba Rodríguez de la Boza, Doctor Homeópata y de nacionalidad cubana; supimos todo esto por dicho del señor Jonnes, pues debo manifestar que el Doctor Rodríguez de la Boza nunca se presentó en la Cámara a la hora de las comidas y fuera de ellas, tampoco llegué a notar su presencia. Uno de tantos momentos que estábamos juntos; conversábamos sobre las frutas tropicales:

—¡Ah!—decía Jones—los aguacates y mangos son frutas que estimo mucho.

—¿Dónde las conoció usted? le pregunté al momento] pues to que ha dicho antes que nunca ha viajado en la República Mexicana y mucho menos en las Antillas; más tarde dijo que los sombreros de paja de León le agradaban mucho para montar a caballo, siempre contestó con evasivas, yo por mi parte formé mi pensamiento sobre el señor Jonnes; pero no comprendía el motivo que tuviera de negar que había estado en México, tanto más, cuando hablaba castellano bastante bien, y aunque algo cortado tenía muchos modismos que solamente use san en este país.

Al tercer día en la mañana, después de haber salido del "S. W. Pas-" en la barra del Mississippi, llegamos frente a Tampico. El vapor de guerra "Independencia" y el bergantín goleta nacional "Constante" perteneciente al señor Capitán Ramírez, estaban anclados frente a la barra. Por un momento el "City of Havana" navegó en sus aguas y dejó caer su ancla entre los dos buques mencionados; habiendo filado su cadena hasta quedar a unos dos o tres cables distante del bergantín antes mencionado.

Poco después de anclar el vapor americano, salió de la barra el vapor "Iru", perteneciente a un señor Viñas y remolcaba chalanes, lanchas y botes, todos cargados con un grsn número de tropa. Atracaron primeramente al cañonero "Independencia" y dejaron dos chalanes con unas compañías del 6o. de Infantería mandadas según creo, por un comandante; poco más tarde se atracaron al vapor americano, subió a bordo un teniente coronel Arroyo, jefe del 13o. de infantería, este señor era fornido, bajo de cuerpo, y picado de viruelas, un comandante Ruiz, de figura simpática delgado, trigüeño y de mirada franca e inteligente; algunos otros oficiales subalternos cuyos nombres no recuerdo, pero entre ellos figuraba un capitán, alto, calvo, y de figura muy simpática. modales decentes y hablaba con mucha finura, como hombre de muy buena sociedad. Subió la oficialidad, las mujeres de los soldados y gran número de éstos; cuando el remolcador se presentó por la proa del vapor americano, amarra un cabo al primer chalán y como éstos estaban unidos por sus respectivas bozas, los desatraca y empieza a remolcarlos: llevándose con ellos a un contramaestre del vapor, más de la mitad de la tropa y uno o dos oficiales subalternos que por casualidad se habían quedado a bordo de los chalanes. A gritos preguntamos qué sucedía, y nos mostraron el horizonte: se distinguía una faja negra, como aquellas que se presentan cuando viene una tempestad o un noroeste furioso, hicieron bien en remolcarlos pues poco después una turbonada de esas tan comunes en el Golfo en los meses de junio y julio cayó sobre nosotros. — Una hora más tarde calmó el viento y la lluvia; pero la mar quedó tan gruesa que la barra del Pánuco se había cruzado.

Pasó la hora del lunch que era a la una de la tarde y entonces tuve el gusto de hacer conocimiento con el señor Teniente Coronel Arroyo, estaba en su camarote que era la parte de estribor o proa. Comenzamos nuestra conversación hablando sobre la política del país y sobre las probabilidades del triunfo del Plan de Tuxtepec reformado en Palo Blanco. Como el Jefe de esas fuerzas debía ser gobiernista no expresé libremente mis opiniones, ni tampoco di color gobiernista; sino empecé hablando muy bien de la organización del ejército, debida al Co. General Ignacio Mejía a la sazón Ministro de la Guerra e inmediatamente conocí las simpatías que este Jefe tenía por el General Mejía y me dejé llevar por su opinión, pa-

ra no chocar en política desde el primer momento con el Jefe de la fuerza federal a bordo del vapor "City of Havana". Después de una larga plática me pidió le hiciera el favor de pedir al Capitán del buque un bote pues tenía que mandar comunicaciones a bordo del vapor "Independencia", el cual tenía las Compañías del 6o. de infantería a su bordo. El señor Capitán Phillips mandó poner el bote chico (No. 6) para llevar al "Independencia" las comunicaciones del señor Teniente Coronel Arroyo. Minutos después regresó dicho bote y el primer piloto Mr. Schaib (alemán de nacimiento) mandó que dejaran el bote colgado de los pescantes, para que si se necesitaba otra vez, no tuvieran el trabajo de quitarlo de los calzos; poco después vino un bote del cañonero con el segundo de a bordo, que recuerdo era el primer teniente de la armada don Adolfo Bassó; habló largo rato con el señor Arroyo y no recuerdo si se quedó a tomar la sopa con nosotros o regresó a su buque; pero creo fué esto último porque después de comer no estaba en el "City of Havana".

La sopa estaba servida y el "Cong" nos lo advirtió. Comimos con gusto porque varios amigos de Tampico nos acompañaban entre los que figuraba don Cándido de la Rosa, antiguo dependiente de la casa consignataria del señor Jolly y otros muchos, cuyos nombres no recuerdo.

Acabada la comida el Contador don Alejandro K. Coney en compañía de varios otros, formaron un corrillo a la parte de babor y popa, muy alegres fumaban sus puros o cigarrillos y se reían de buena gana; el Capitán don Samuel Phillips Comandante del vapor, fumaba también a corta distancia de ellos y se divertía del buen humor que tenían los que estaban en aquel corrillo. (Diré aquí que el Capitán Phillips es un viejo marino que con rareza se le ve sonreír; pero este día, parecía que estaba en el aire que se respiraba, pues todo el mundo tenía ganas de reír y de chancear).

Salía yo de la cámara y estaba empezando a fumar un másimo tabaco que me habían regalado, cuando llegó a mis oídos la voz de Coney que me llamaba por mi nombre; fuí inmediatamente al corrillo que presidía el simpático contador, el cual debo decir que, en su época de calavera tenía buenas ocurrencias y de mucha chispa hoy es un hombre grave, reflexivo. etc.; puedo asegurar que ha cambiado notablemente. Comienzo por decirme:

—¿Has visto al chino o manilo en la ventana de su camarote?

—No, contesté secamente.

—Pues bien, acércate a él y hazle algunas preguntas, verás qué figura.

Por mi parte al principio me resistí, pues me ha dado siempre mortificación y pena burlarme de los desgraciados; sin embargo cuando le preguntábamos al señor doctor Jonnes por su compañero, nos respondía siempre con la mayor naturalidad:

—Es un hombre que no come porque constantemente está alcoholizado, no hace otra cosa en su vida que estar tomando whiskey.

Me siguieron instando para que le hablara y yo para que no tomasen mi negativa, como un acto de cobardía, me acerqué a la ventana. En este momento contemplé por primera vez al doctor Rodríguez de la Boza: este era un hombre corpulento y algo robusto, color trigueño oscuro, cabello muy largo, barba rasurada completamente y usaba espejuelos de cuatro vidrios negros o color de humo, con armón de oro o cobre; me acerqué cautelosamente y le comencé a hablar:

—Buenas tardes señor Doctor.

—Muy buenas tardes.

—¿El tiempo se ha compuesto mucho?

—Sí señor.

—¿Va usted mejor de sus males?

—Gracias, algo mejor.

—No sabe usted cuándo saldremos de aquí? Pues la verdad estoy muy abarrido.—Muy secamente contestó:

—No señor, pregunte usted al Capitán que lo sabrá mejor.

Me retiré, volví al corrillo y al contarles tales sandeces, Coney y compañeros se reían a carcajadas; poco después fué a hacerle preguntas el joven Cándido de la Rosa de Tampico, pero según dijo, no lo había recibido muy cariñosamente el señor Doctor porque de palabra y creo que con amenazas había despedido al pobre Cándido solamente puedo decir que cuando llegó cerca de nosotros venía muy pálido y esto seguro era el temor que le había infundido el Doctor Rodríguez de la Boza. Como es natural en aquellos momentos todo el mundo se reía; pero ninguno se atrevió a molestar más al señor Doctor.

El corrillo se disolvió, nuestro Contador Coney que le divertía algo el juego de cartas, se dirigió al cuarto de fumar que estaba en proa y lo ocupaban pasajeros y oficiales del batallón de infantería No. 13. En una mesa se jugaba albures, en otra poker y por fin en una tercera había un partido de "veintiuna" en el cual figuró Coney en compañía de unos italianos y oficiales del 18o., yo me dirigía hacia mi camarote que a babor junto a la máquina estaba colocado: muy distraído me encontraba cuando escuché algo que caía al agua y que todo el mundo corría a curiosear a popa en la parte de estribor; a la curiosidad, corrí yo también y cuál sería mi sorpresa cuando ví a un hombre nadando en pleno Golfo de México y en obsequio de la verdad puedo decir que lo hacía admirablemente. Me acerco al Capitán Phillips que todavía permanecía en su lugar primitivo y le pregunto:

—¿Qué es eso Capitan? y me contestó:

—No sé, creo que es el loco Doctor que se está bañando; salió de su camarote, lo ví bajar la escalera que conduce al W. C. al momento lo veo salir desnudo, se subió sobre el empanetado de popa y se lanzó al agua de cabza.

—Es necesario sacarle, porque un tiburón se lo puede comer de un momento a otro.

Al momento fuimos al bote No 6 que dichosamente estaba izado en los pescantes por las razones que antes dije y que como era muy chico y poco pesado, el Capitán Phillips en la parte de proa y yo en la de popa, empezamos a arriar, pasando el cabo en las cornamusas del mismo pescante; tripulaban el bote el segundo piloto Bovais, hombre de una fuerza hercúlea y un antiguo ballenero en los mares Antárticos y en el Océano Pacífico, el capitano pintero (alemán de nacionalidad y que en la actualidad se encuentra trabajando en el muelle No. 3, N. R. New York) y un marinero danés. En este momento su premo, caído con gran precipitación arribamos el bote, el Doctor Jonnes con nerviosa fuerza me detiene el brazo y me dice en inglés:

—'Por Dios Zamora, no boten el bote al agua, porque el hombre que va nadando allá es el Gene al Díaz'.

Un cubo de agua fría no me hubiera hecho en aquel momento la impresión que me hicieron las cortas pero rápidas palabras de Jonnes, con el cabo entre las manos me acerco al Capitán y en pocas palabras le digo quien era la persona que en aquel momento está en peligro; y con flegma muy inglesa

me contesta: "es la única manera de salvarlo, si se tarda diez minutos más en el mar, los tiburones darán cuenta de él".

Fué una verdadera ansiedad el tiempo que tardó el bote en llegar junto al nadador, pues desde el momento que vió venir la embarcación, más se esforzaba en adelantar; su intención era, y eso se veía palpablemente, llegar a la popa del bergantín "Constante" y refugiarse en él o resguardado por este buque nadar hasta la costa, evitando las miradas de los curiosos tripulantes y pasajeros del vapor "City of Havana". Vano habría sido este trabajo pues aunque hubiera nadado las tres millas que estábamos de tierra, la mar gruesa y boba que había al encontrar poco fondo reventaba con furia, y una de esas olas hubiera terminado con el nadador que ya cansado y sin fuerzas hubiese probado franquearlas; esto es por supuesto en la hipótesis de que hubiera escapado de los afilados dientes de tiburones feroces y hambrientos que abundan de una manera asombrosa en ese lugar. Cuando el bote se le acercó, en lugar de prestarse gustoso a que lo salvaran, con gran pesar nuestro vimos se zambulló; pero al volver a flor de agua el 20. Oficial Bovais con aplauso general lo embarcó en el bote, teniendo cuidado este oficial, que el prisionero no se volviera a lanzar al agua pues se conocía era su más vehemente intención. Al llegar al costado de nuestro buque, por el lado de estribor donde había colocada una escala de cuerda con sus dos guardamancebos, me quité una levita azul con botón dorado y se la arrojé al bote para que se cubriese con ella, pero desgraciadamente esta levita cayó al agua y se perdió. Al instante, entré al camarote de estribor a popa donde venía de pasaje con su niña y criada una señora que se llamaba la señora viuda de Gutiérrez, era de Laguna del Carmen y la acompañaba un antiguo dependiente de su casa el cual era de nacionalidad belga; sin pedir permiso ni usar alguna frase cortés, me apoderé de una sábana y un cubre-cama que tomé al acaso y volviendo a la mura del buque le dije a Bovais:—Cúbrelo bien hasta la cabeza. Así lo hizo este oficial y ayudando al naufrago a subir a bordo, que con un frío enorme y fatigado por el trabajo que acababa de hacer, pronunciaba palabras incoherentes, y como venía cubierto hasta la cabeza menos se podían entender.

Las primeras palabras que le dirigí al subir al vapor fueron las siguientes: "Cállese usted que no lo han reconocido."

Los pasajeros y personas de Tampico que estaban a bor-

do del "City of Havana" formaban una barrera que fué algo difícil franquear. Entre el Doctor Jonnes y el Segundo Piloto le acompañaron a su camarote que como ya he dicho, estaba del lado de babor a popa, al lado opuesto del que ocupaba la señora viuda de Gutiérrez y cuya división la formaba una especie de corredor o camarota que comunicaba con el saloncito de señoras y bajada al comedor.

Como es natural, todo el mundo quería curiosear y entrar en el camarote del loco; pero colocándome a la puerta que estaba cerrada, les dije: "Señores, aquí pasan solamente los facultativos y los que no lo son, suplico se retiren, pues ese hombre está bastante enfermo". El único que pasó fué un doctor en medicina de nacionalidad alemana que no recuerdo su nombre, pero que ejerce su profesión o la ejerció en Minatitlán o Acayucan. Este era un hombre de unos 40 o 45 años, de ojos azules claros, barba rubia cerrada y algo descuidada; en toda su persona se notaba ser un hombre bueno y bondadoso venía de New Orleans y regresaba a su casa, en la "Costa de Sotavento".

Hacia algún tiempo que estaba yo cuidando de la puerta, los pasajeros se habían esparcido por la cubierta y formaban sus comentarios; se veían grupos aquí y allá, y no se hablaba de otra cosa que del baño del loco de la peuca; algunos aseguraban que habían reconocido en ese loco al señor General don Porfirio Díaz, entre ellos un sargento primero así lo aseguraba pero en aquel momento no me fijé en esta persona. Después aparece el Doctor Jonnes y me dice: "Zamora, entra al camarote que el General te quiere hablar". Aguardé una oportunidad que nadie notara mi entrada y así lo hice mientras que Jonnes cuidaba la puerta.

Al General Díaz no le había hablado yo, más que una vez en mi vida, pues en las diferentes ocasiones que visó Vera Cruz siempre había estado yo ausente de esa ciudad; ya bien en Europa o en los Estados Unidos; pero con la vez que a bordo del pailebot nacional "Juanita", en uno de sus viajes a Tlaxotalán me lo habían presentado mi hermano Vicente, me bastó para reconocerlo al momento; tenía además una seña muy singular y que consistía ésta en un lunar de cabellos blancos que se le veía mucho; hoy no se le nota, porque ha dejado crecer el cabello y éste es bastante cano.

Como los apuntes que aquí anoto son la verdad exacta de los hechos que pasaron en esos días, no quiero omitir ni mi cor-

ta conversación con el señor General Díaz ni ningún otro detalle que no aclarase la verdad.

Cuando entré al camarote del General, éste estaba acostado en la litera; su color era muy pálido y temblaba todavía por la impresión que le causara el agua fría o tal vez, porque según pude apercibirme, una fiebre bastante alta le devoraba; confieso que por mi parte tenía yo un gran temor—no por mi persona—¿qué me hubiera hecho el Gobierno del señor Lerdo si me prueban que estaba mezclado en ese negocio? ¿Despojarme de un empleo enteramente subalterno que tenía como Agente de Correos? Esto sucedió después, pues por telégrafo se dió la orden para ello sustituyéndome con un señor don Octavio Jurado, que era Administrador de la "L. nja. Mercantil" de Veracruz y uno de los buenos amigos del General don Marcos Carrillo, Gobernador y Comandante Militar de la Plaza.

La comunicación que sobre este asunto me remitió el Administrador Principal de Correos de Veracruz decía así:

"Por orden del C. Presidente de la República queda separado del servicio de correos el Agente Gutiérrez Zamora substituyéndolo Ud. en este viaje, con un empleado de su entera confianza—Pedro de Garay y Garay.—Lo que comunico a usted sintiendo por mi parte lo ocurrido, pues en el servicio se ha manejado usted a mi entera satisfacción.—A. M. Vélez".—Veracruz, julio 20 de 1876.

Si temía yo en aquellos momentos era por la personalidad del caudillo de la revolución, pues si lo hubieran apresado y tal vez fusilado, el plan de Tuxtepec, hubiera de seguro fracasado.

Mi hermano Vicente, suplente al Congreso de la Unión por el Cantón de Veracruz y cuyo propietario lo era el General Díaz estaba preso en Yucatán a pesar de su fuero constitucional, mandado a esa península por el General Carrillo. Mi madre, mi hermano Ignacio, en fin, toda mi familia estaba comprometida en la revolución y cuyo Jefe en Veracruz lo era el General don Juan de la L. Enríquez; todos estos sacrificios se perderían con la muerte del General Díaz; ese era mi gran temor, al hacer el gran fiasco en momentos tan angustiosos y solemnes para el país.

Las primeras palabras que hablé con el General Díaz al entrar en su camarote, fueron las siguientes: "Me extraña señor, que habiendo yo mandado decir con el Coronel Ramón Torres, que se confiara del "Mérida" y del "Havana" para cualquier negocio, pues Vélez, agente de correos del vapor "City of Mé-

rida" y yo del "City of Havana", éramos amigos de usted y del General Enríquez y que desconfiara del "City of México", pues siendo el agente de correos Liever, cuñado o concuño del Coronel Villada y por lo tanto amigo del señor Lerdo, era natural que no fuera partidario del Plan de Tuxtepec. ¿Cómo pues, no me había hecho saber su presencia a bordo del Havana? que hubiera sido muy fácil salvarlo, si así lo hubiera hecho, pero en aquellos momentos veía yo la cosa muy difícil, pues yo no podía personalmente servirlo y entrar a su camarote porque estaba muy vigilado y cualquier cosa que hiciera yo, bastaría para que saliese mal; pero que al momento hablaría yo con el Contador Coney, que era muy amigo mío, casi un hermano y que éste le serviría en todo lo que le mandara.

Me preguntó si Coney pertenecía a la gran familia masónica, le contesté que sí, que hacía pocos meses había yo asistido en Nueva York a su logia y había estado presente cuando le comunicaron el 3er. grado.

Hablamos también de Luis Mier y Terán que había caído prisionero en Epatlán; de mi hermano Vicente, su prisión en Yucatán, etc., etc., después de un corto rato de conversación me despedí del General Díaz diciéndole iba en busca de Coney y así lo hice inmediatamente.

Yo sabía con seguridad que a Coney lo encontraría en el cuarto de fumar y me dirigí al momento a esa parte del buque, Efectivamente, se divertía con los italianos y oficiales en su partida de "veintiuna" y apenas había prestado atención a la botada al agua del loco de la peluca, que se repetía por todo el vapor. Me acerqué a la mesa y le dije:

—Deja ese juego por un momento que tengo que hablarte.

De muy mal humor me contestó:

—¡Caramba! Siempre me estás molestando aguarda un poco.

Le hice otra llamada, pero esta vez fué en idioma alemán y con palabras tan fuertes, que lanzando las cartas con enojo sobre la mesa me contestó;

—Vamos a ver que nuevo negocio hay que tanto te apura.

No contesté, me siguió y habiendo llorado a mi camarote, cerré la puerta, cerré también una lumbrecita que había en el techo de este. Coney me veía con asombro, pues nunca me había visto tan de más mal humor que en aquel día. Después de estar seguro que no podíamos ser oídos, empecé a hablarle: